

a baja á medio consumir y el libro de «E- órica» abierto á su, como si acabase de dejarlo para dormirse; luego el pereoso y la reje- ra que sus hermanas le regalaban en el día de su santo, y mil otras pequeñas cosas que lo enterrecieron profundamente.

Se recostó vestido sobre la cama y sonrió con dulzura acordándose de aquel niño que, ocho años antes, se desvelaba ahí mismo haciendo versos para su amada...

«Oh, ilusiones bendecidas! ¡A la mañana siguiente volverían á unirse los rotos eslabones de aquellos tiempos infelices para no cortarse más!

Perdido en un laberinto de encantadores recuerdos, se durmió al fin tranquilamente y sólo vino á despertar al otro día con el sol ya bien alto.

Cuando su madre llegó á darle un beso en la frente, haciéndole mil preguntas cariñosas; cuando la vio á su lado sonriendo con ese gozo infinito que sólo se pinta en el rostro de las que nos dan el sér, creyó que aquellos largos años de ausencia, de combates y sufrimientos habían sido nada más que uno de esos sueños tristes que hacen llorar y del que no había podido librarse la «Dolorosa» que ahí, en frente de él, parecía pedirle perdón con su mirada llena de angustia...

Se olvidó de que volvía derrotado y deshecho en toda la línea de sus esperanzas, con el desencanto en el fondo del alma...

Largo rato estuvo conversando íntimamente con la autora de sus días, procurando un desahogo á su corazón demasiado lleno de las impresiones penosas que se van recogiendo en el camino de la vida y el trato de los hombres.

Después, tomó su sombrero, diciéndole que iba á dar una vuelta por el pueblo antes de almorzar.

«Cuán cambiado estaba todo! Donde dejó una casita modesta encontraba un soberbio edificio, casi un palacio; las sencillas callejuelas se habían convertido en anchas vías con veredas enlosadas. Su pueblo había tomado decididamente al aspecto altanero de una gran ciudad.

«¡Ay! ¡habría cambiado también el ángel de sus primeros amores!... Oh, no, su cuerpo sería al presente el de una encantadora mujer, pero su alma la misma de antes.

«No le había dicho ella que rico ó pobre, feliz ó desgraciado, le amaría siempre con absoluta fidelidad? Esto se lo había repetido mil veces en sus cartas. ¿Y podía una niña tan buena y tan pura fingir un falso cariño? ¿Acaso el cielo ha creado á los ángeles para que mientan y engañen con juramentos perdidos?

«Desechando estas chispas de duda que se encendían en su cerebro, llegó casi sin darse cuenta de ello hasta la casa de su amada.

«Bendito sea Dios!... Al menos aquí nada ha cambiado, todo permanece igual; el mismo balcon de rejas verdes adonde se asomaba por las tardes para verlo pasar, y las cortinitas lacres que servían de marco á su dulce rostro, adherido á los vidrios cuando no se podía abrir la ventana en los días de lluvia...

«Un largo cuarto de hora estuvo ahí inmóvil, arrobado, suspenso, dejándose acariciar por los recuerdos que le besaban en la frente.

«Por fin se arranca á su muda contemplación y tomando la mano de bronce del llamador de los golpes tímidos, humildes, que parecen implorar algo...

«Suena ruido de pasos en el interior, descorren el pestillo y la puerta se abre... ¡Oh, dicha! es ella en persona!... Al verlo se ha puesto encendida, luego pálida como una muerta...

«Cuánto ha embellecido, Dios mío!... Pero, ¿por qué no le salta al cuello, como antes? ¿Por qué no le sonrío y ni siquiera le estrecha la mano que él cariñosamente le alargaba?...

«Caballero, ¿qué necesitaba vd? —Caballero!...

«Se rió con fuerza de esta broma, da un paso adelante y procura tomarle la mano, pero ella se retira con viveza, muy pálida y con el rostro hurado...

Se oye entonces una voz de hombre, un tanto irridada, que pregunta desde adentro: —¿Quién se rió ahí con tanta insolencia? —Es un pobre hombre que va ebrio, con testa ella.

Luego dirigiéndose al asombrado Armando con un acento débil, temeroso y suplicante: —Vete... estoy casada!...

Sintió en el costado izquierdo un dolor horrible, después como un machetazo en el cerebro, y se le oscureció la vista...

Recuerda vagamente que anduvo mucho, apoyándose en las paredes; que al cruzar una calle cayó de bruces, hiriéndose la frente; que se agruparon varias personas y decían ¡pobre jóven!... no recuerda más.

Cuando despertó se halló acostado en un cuartito, y atada la cabeza con un pañuelo blanco. Su madre dormía sobre un sillón al lado de la cama; en su rostro venerable se pintaban una gran fatiga y una profunda tristeza.

Al principio no pudo coardizar sus ideas ni se dió cuenta de lo que le pasaba; pero luego comenzó á hacerse la luz y á avivarse la memoria... Se puso entonces á temblar con estremecimientos continuos que se transmitieron al lecho, que se estremecía también, cual si estuviera poseído del terror que embargaba á su dueño.

Encima del velador había un pequeño espejo.

Armando lo tomó y por la primera vez en su vida sintió curiosidad de verse... ¡Gran Dios! qué risa le vino entonces! una risa lígubre y silenciosa que le destrozaba los nervios... ¡Nécio y vanol! Te habías, pues, figurado que los sufrimientos no acababan y las canas salen sólo con la vejez? ¡Ah, fatuo!...

«Te creías siempre el hermoso niño de dieciocho años que ella amaba tanto?... ¡Cuán ciego has estado!... ¡Recuerdas ahora lo que te decía en sus cartas después que le enviaste tu retrato?... ¡Infeliz! has cambiado más que tu amada y los edificios de tu pueblo; salvo que ellos se han embellecido, mientras que tú, como un lienzo expuesto á la lluvia y al sol, han concluido por perder la frescura y el colorido... ¡Y esperabas que esa bella niña te siguiera amando! ¿Entonces la creías enamorada de tu talento, pobre necio?... ¡Tu talento!... El tosco amaennero de la esquina tiene uno superior al tuyo, porque sabe hacer dinero, y con él puede arrebatarte su amor á muchos vanidosos, á muchos cándidos como tú...

«Fastigado por esta cruel y sarcástica realidad, el infeliz Armando acabó por donde principian las mujeres: por llorar á sollozos con la cara hundida entre los almohadones. Cuando su madre se despertó, una hora después, todavía gemía convulsivamente.

«Por las palabras que se le habían escapado en su delirio, la noche antes, había ella comprendido el horrible pesar que laceraba el pecho de su hijo.

«Así, al verlo ahora llorar, experimentó un inmenso consuelo; no se cumplía ya el fatal pronóstico del médico que temía que su razón se extraviase.

«Madre mfa, le dijo de pronto, volviendo hácia ella su rostro inundado de lágrimas ¡no es verdad que aun te puedo servir para algo? —¡Oh, por Dios! ¿cómo puedes hacerme esa pregunta?...

«Es que yo quisiera vivir, vivir para tí, y para conseguirlo necesito un imposible... En otro tiempo, cuando yo estaba lleno de fé, me acuerdo que me arrodillaba contigo frente á una santa á quien llamabas abogada de imposibles...

«Si, hijo mío, Santa Rita ¿que deseas que le pida? —Entonces él con una voz sombría y dolorosa que le desgarraba los labios, con el acento desesperado con que se dice una blasfemia: —Madre mfa, el olvido!

RODOLFO POLANCO. Valparaíso, 1893.

MEDITACION.

(A UN AMIGO.)

Querido amigo Luis: Tú que te elevas En ignotas y etéreas regiones; Tú que dentro del alma siempre llevas Un resto de perdidas ilusiones; Tú que sabes sentir y amar lo bello Y en alas de tu hermosa fantasía Llevas del génio el inmortal destello, Escucha de la pobre lira mía,

Unas cuantas verdades Inspiradas en crueles desengaños. Aunque no son mis años muchos años; No son grandes edades Las que hacen la experiencia más precisa; Un siglo atrás, el hombre, más reacio Vivía mucho tiempo y muy despacio Hoy... se vive muy poco y muy deprisa. Hay que tener en cuenta Los siglos que pasaron y el presente, Antes moría un niño á los ochenta! ¡Hoy... se mueren los hombres á los veinte!!!

Todo ha cambiado, transición completa; Milagros de la ciencia! ¿Quién lo ignora? Hoy se traga el vapor en una hora, Lo que antaño en tres días, la Carreta. Franklin le roba su calor al Cielo, Watt, hace del vapor una potencia Davy calienta el hielo con el hielo Y hay quien líquida el aire, ¡que ya es ciencia! Mas ay! que muchos sabios arrogantes En la Ciencia se duermen, Olvidando—¡ignorantes!— Aquel divino soplo que es su germen. ¿Qué nos enseña; Ciencia petulante? ¡Nos enseñes siquiera á ser mejores! ¿Qué has hecho de la fé de tus mayores Con orgullo insultante?... Ilumina por un breve momento El caos del pensamiento, Mientras con imprudencia Das otro caos eterno á la O conciencia. ¡La Ciencia está reñida y divorciada Con el germen divino, que es su base! ¿Por qué esta anomalía tan marcada...? Quisiera que esta Ciencia me explicase Qué sería, á sí misma abandonada. ¿Qué sería sin Dios? ¿Quién le daría, Ese libro sin fin, que complacientemente Presenta á nuestra mente Lo que la Ciencia es; lo que sería Descorriendo sus velos La inmensidad de los azules Cielos, Mostrando cuánto encierra El átomo que aquí llamamos Tierra, Y haciendo de potentes elementos —Ignorados en más viejas edades— Juguetes ó instrumentos, De nuestras más periles voluntades. ¡Oh tú, Ciencia orgullosa!, ¿Creada alguna cosa...? Tan sólo sí, has creado Tu ambición desmedida; La idea aborrecida De negar á AQUEL SÉR que el sér te ha dado; Has creado, la Envidia, el Egoísmo, Y ese infame placer de vano Orgullo Que hace del hombre, vil esclavo suyo Y adorador eterno de sí mismo. Mataste—cometiendo mil torpezas— Todas las más hermosas ilusiones, Abrasaste cabezas Y helaste mil ardientes corazones

Y bien, querido Luis: Tú que te elevas En ignotas y etéreas regiones; Tú que dentro del alma siempre llevas Un resto de perdidas ilusiones; Tú que sabes sentir y amar lo bello Y en alas de tu hermosa fantasía Llevas del Génio el inmortal destello... ¡Me quieres explicar la anomalía De un siglo en que la Ciencia Niega el germen divino que es su esencia?...

CELESTINO LAFÓN. Saladillo, Septiembre de 1893.

EL REGRESO.

(DE JEAN NIHLUS.)

I

HIPOLITO Morlé era un patriota probado, entró en el servicio voluntariamente; se había batido con denuedo en Italia, en la Crimea, en México, en Africa; en suma, regresó á sus lares con los galones de ayudante y la medalla militar.

No tardó en casarse; no era su temperamento para vivir aislado y él guardaba en su corazón de soldado, sobre todo, un gran lugar á Blanca, una vecina á quien prometió matrimonio.

Hipólito Morlé cumplía sus promesas. El más sencillo y honrado de los hombres. Morlé no se separaba del retrato de Blanca, que viajó á través de las trincheras de Sebastopol y de los llanos de Argelia.

Pobre retrato, usado por el frote del traje, amarillento á causa del calor tórrido de Africa, con las esquinas roídas; pero sobre el cual encontraba siempre los contornos de un rostro tan amado!

Cuando se juntaron para ir á la alcaldía, Blanca tan graciosa, debajo de su velo blanco, le dijo á su futuro: —Al menos, señor Hipólito, cuando estemos en nuestra casa, usted no hablará demasiado de sus campañas, ¿no es verdad?

—Y, ¿qué viene esto, señorita Blanca? ¿os atemoriza la guerra? —No. Pero basta lo que he sufrido durante vuestras terribles ausencias, y quiero concluir con esos dolores! Sin embargo, si esta exigencia contraría mucho á mi esposa...

—Basta, señor!... ah! Puedo decir «señora», cuando no faltan sino minutos para la ceremonia.

Y, aprovechando que se hallaban solos, así apasionadamente la mano, aún desguntada, de Blanca y la cubrió de besos.

—No, nunca más te hablaré de batallas; pero por ejemplo, si algún día es necesario batirse otra vez, entonces, á no ser que esté paralizado de brazos y de piés, iré!... sobre todo, si es del lado del Bétel si... iré, puesto que la patria es sagrada!

Como los principios y las princesas de los cuentos de Perrault, los señores de Morlé vivieron dichosos y tuvieron... cuatro niños, dos varones, el sueño de Morlé, y fuertes! Mil trompetas!

«Qué guardias harían! Coraceros, por lo menos! Rolando, sobre todo. Este era el mayor. Morlé lo había bautizado intencionalmente con el nombre del valeroso paladin, aquel bravo que no esquivaba el deber, un patriota de los tiempos antiguos!

II

La guerra estalló como una bomba. Después de Sarrebrück, ¡Oh ilusión de un despacho! Woerth, Reischaffen... Ah! cuando él supo este desastre, Morlé no pudo contenerse.

—Tú ves, le dijo á Blanca, si no vuelvo á la pelea me muero de rabia y de consunción; ya ves, morir por morir, más vale que sea empuñando el arma!

—Insensato! Qué fiebre de sangre te enloquece así? Y tus hijos?... —Mis hijos tendrán en mí un buen ejemplo, esto ya es algo.

—No te retengo más. Puesto que es tu idea, yé! Entra en un cuerpo de franco-tiradores, báte! A cada uno su deber, según su conciencia; para tí los sables, para mí los hijos!

Y como quiera que la voz de Blanca se enterneció al pronunciar esto, Morlé repuso, muy conmovido también: —Sufro cruelmente, créame, por la pena que te causo; pero yo no podría vivir dentro de estas cuatro paredes, mientras que otros corren al peligro, al deber! Le he avisado á mi jefe, él comprende estas cosas. El te pagará mis sueldos íntegros durante mi ausencia; y, si... quién sabe! me sucede alguna desgracia, no temas, he tomado mis medidas!

Unos días después de esta explicación, Hipólito Morlé salió de París con una compañía de franco-tiradores que se incorporaron á la fuerza del general Faidherbe.

Al principio, sus cartas llegaban con regularidad, pero de repente cesó la correspondencia. Paris se vió sitiado, sin comunicación alguna, durante los pocos meses de asedio. Apenas de vez en cuando, alguna paloma mensajera traía á los enmurallados una misiva lacónica. Morlé pudo hacer llegar á los suyos, un poco antes del bombardeo ésta: «Hasta pronto: siempre vivo.»

Después, nada.

III

Al fin, el armisticio se firmó, los preliminares de la paz.

Nuestros enemigos entraron en París por la Avenida de los Campos Elíseos, sin entusiasmo, y bajaron hasta las Tullerías, donde permanecieron parapetados como lobos.

«¿Qué era de Morlé? Una tarde al regresar Blanca del Ministerio de la Guerra, cansada de correr de despacho á despacho, en busca de noticias de su esposo, sin duda prisionero en Alemania, tocó suavemente á la puerta de la escalera. Sin perder tiempo en quitarse el sombrero y abrigo, abrió. Un hombre!

—Hipólito! exclamó... tú... ¡vivo! Y sin mirarle más, le echó los brazos alrededor del cuello.

—¿Si, mujer querida!... y los niños? —Duermen. Será mañana, al despertar. Qué sorpresa! ¿Dónde vienes?

—De Spandau. De una fortaleza donde toda comunicación con el exterior me estaba prohibida. Esto me ha hecho sufrir más, porque en cuanto al resto...

—¿Qué llamas el resto?

—Una esposa, ¿no has visto que tengo un brazo de menos? ya me he acostumbrado. Y tú harás lo mismo, no es verdad? Es el izquierdo el que falta: ¡importa poco!

—Por eso no te amo menos.

—Si, me lo amputaron, al otro lado del Rhin, no muy mal, por cierto! Pero me es igual! Si supieras lo que he llorado pensando que podría morir sin besar á los míos! ¡No hablemos más de esto! Desde mañana vuelvo á mi trabajo con mi jefe, como conviniéramos.

—Un hombre digno! Te esperaba siempre! Morlé no es de los que están destinados á morir, decía, lo volveremos á ver!

Antes de comer el menor bocado, Morlé quiso ver á los niños que dormían ya. En puntillas, se deslizó en el cuarto, sin despertarlos, y con mucha ternura los besó en la frente. Después, se reñó con Blanca, que precipitadamente arregló la cena.

—Ahora puedes hablar de batallas, dijo ella, esos cuentos no me atemorizan más, pues to que has vuelto á mi lado.

—Casi entero!... el brazo que queda en Prusia, pues bien, cuando Rolando sea grande él lo irá á buscar!

NI MIEDO NI INERCIA.

Bardo cristiano, en mi ferviente anhelo De dar honra á mi Dios en digna nota, Mi ardiente inspiración busco en el cielo El himno de fuego en mi garganta brota.

No es odio contra nadie el que me inspira, Ni aplauso popular el que ambiciono: Que en las cuevas robustas de mi lira Ni abrigo vanidad, ni guardo encono.

Si algo alevé ó servil mi labio canta, Si es indigno de Dios mi ingenio rudo, Que se ahogue la voz en mi garganta, Rómpace mi arpa y permanezca mudo!

«Oid! siento un rumor en torno mío... Es un rumor de incertidumbre y guerra, Que en dilatado y ronco vocerío Estrueme en sus ámbitos la tierra.

Diferentes banderas mueve el viento; ¿Qué son? ¿A dónde van? Por una parte Odio infernal que abruma el pensamiento Y por la otra de Cristo el estandarte.

Contienda universal al mundo agita: Y es atardecido ó ciego el que no advierte Que de la confusión que en él palpita

Depende nuestra vida ó nuestra muerte. ¿Qué es el pueblo sin Dios? Turba salvaje, Caballo desbocado en el abismo, Que es de la libertad indigno ultraje O instrumento servil del despotismo.

Si, en cambio, al cielo fervoroso implora, Tiene en su fé, que á lo inmortal levanta, Resignación sublime cuando llora, Gratitud generosa cuando canta!

¿Deos! algunos con dolor profundo Que triunfa el mal porque á los buenos hiero? Cierta, es posible que sucumba el mundo; Pero, el cielo no tiembla y Dios no muere!

El verdugo del símbolo cristiano En los tiempos antiguos, cuando había Persecución de sangre, era el tirano Que el título de César prostituía.

En la época actual, también esclava De extraviada pasión, de rabia impura, Es el respeto humano el que nos clava El más hondo puñal de la amargura.

No ya en público circo el mártir muere Cuando el odio en un contra se desata; No es el Nerón de Roma el que nos mata! Es el Neren del miedo el que nos mata!

¡Época singular la que cruzamos! De su vicio hace el mal público alarde, Y los hombres de bien nos escultamos Débil el brazo, el corazón cobarda!

A la misma virtud vestir queremos Con el falso oropel de luz mandana Y en nuestro error estúpido no vemos Que ceder hoy es sucumbir mañana!

No así vosotros, los que allí agrupados Al pié de nuestro altar y en nuestro templo, De la iglesia de Dios nobles soldados, Dais de piedad y fé brillante ejemplo.

Vuestra franca actitud, digna y honrada Es la protesta enérgica y valiente Que á la necia impiedad desvergonzada Arrojais cara á cara y frente á frente!

¡Que vuestro ejemplo saludable sea! ¡Que de hoy más en sus filas con denuedo Su presteo del deber tome el que crea Exento el corazón de inercia y miedo!

¡Qué hermosa es la virtud que se levanta En plena luz de sol, noble y sincera! Si la causa de Dios es causa santa ¡Qué menguado el que oculta su bandera!

Bardo cristiano, en mi arrogante anhelo De dar honra á mi Dios, mi ardiente nota Dichoso soy en consagrarla al cielo, Que luz divina en mi conciencia brota.

Si algo alevé ó servil mi labio canta, Si es indigno de Dios mi ingenio rudo, Que se ahogue la voz en mi garganta, Rómpace mi arpa y permanezca mudo!

CARLOS WALKER MARTINEZ, Chileno.

EL TRANCE.

INCOMPRESIBLE obstinación! —¿Qué conflicto! Dios mío, qué conflicto! —Hay que insistir... ¿qué se dirá?...

—Vuelvan ustedes. Acaso al verlas doloridas llorosas, ceda.

—Si, mamá; vamos otra vez.

—Vamos, hija mía, vamos.

Elena y su hija única, la hermosísima Natalia, contristadas, hondamente afligidas, con los párpados eurojeados por el llanto, salieron del gabinete de confianza y pasaron á la alcoba donde, en espera de la muerte, agonizaba el jefe de la familia, su esposo y padre respectivamente.

El director espiritual, el médico de la casa, los parientes y amigos íntimos del desahucado, prosiguieron comentando el caso.

«Es inexplicable esto! decía el capallan. Un hombre tan piadoso, tan creyente, tan amante de la religión... ¡Y negarse de rendir!

«Y que no da explicaciones! añadió el doctor. Ni como médico, ni como amigo de la infancia he conseguido que me atienda. Bien que... ¡no oye á su mujer ni á su hija!